

SEXTA PARTE

BESTIARIUS

Bestiario: (Del latín bestiarius). 1. m. En los circos romanos, hombre que luchaba con las fieras.

Vi a los dos osos y eché a correr.

Me encontraba en la parte baja de la ciudad, cerca de la playa. Bordeaba una de las dos aceras que partía el barrio antiguo de Daeyna en dos, a la altura del río Meireles. Por la otra acera marchaba, en dirección contraria a la mía, uno de los dos osos.

Pelaje oscuro y lomo centelleante. Una crin sedosa con trenzas arremolinadas en torno a un corto cuello. Casi tres metros de altura y cuatro metros y medio desde el hocico hasta la cola.

Varias personas volvieron la cabeza cuando el animal, que parecía ignorarlas, pasó cerca de ellas. Sonrieron. Como si una atracción de feria hubiera escapado de su jaula. Como si el oso estuviera publicitando la presencia de un circo del que él sería la mayor de las atracciones, tanto por el tamaño como por la arquetípica figura, extraída de algún bestiario medieval.

Advertí la presencia del segundo de los dos animales, cien metros delante de mí. Cruzaba uno de los puentes que une las dos mitades de la parte baja de Daeyna. Vigilé con la mirada aquel trayecto.

El segundo oso alzó sus dos pequeños y hundidos ojos para buscar a su igual. Lo mismo hizo el primero, sucio, como él, y también de ágiles movimientos.

Sus miradas se retorcían entre los vehículos y los paseantes para, de algún modo, mantener con el ejemplar de su misma especie una conversación sin palabras. Ambos entretejían hilos invisibles, lianas boscosas que trepaban hacia los tejados de los edificios, se enredaban en las altas farolas y en los semáforos y cambiaban las travesías.

Nadie lo notaba. Todas las edades saludaban con júbilo la rara presencia en sus calles de aquellas dos criaturas extravagantes.

Nadie excepto los perros vagabundos, que corrieron a esconderse debajo de los coches aparcados, con el rabo entre las piernas y las orejas dobladas.

Daeyna me habría desterrado si hubiera conocido mi identidad. Yo era un extraño, alguien que conocía bien a las fieras, un tipo que había aparecido en busca de algo que echarse a la boca. Como los osos.

Corrí a buen ritmo. Al principio, a su par. Ellos, más veloces, lo quisieron de ese modo. Se sorprendieron al encontrarse con alguien al que conocían, al que no esperaban y al que no temieron.

Yo cruzaba las avenidas de Daeyna como un peregrino. Como, hasta cierto punto, se les podía considerar a ellos.

Después de estudiarme con discreta curiosidad, los osos optaron por alejarse y olvidar que yo seguía allí, en aquella villa costera.

Saltaron por encima de los coches. Bailarinas de ballet que trataban de evitar una retención de tráfico o cometer alguna falta tan terrible como pisar la uña del dedo más fino de algún peatón. Deambularon con cuidado. En apariencia, se limitaron a vagar de un callejón al siguiente. Pero a mí no me engañaron.

A los osos, nadie se acerca. Ni, menos aún, a sus guaridas. Cuando los osos adultos aceleran sus movimientos, revelan su naturaleza atroz. Rompen espejos con sus resoplidos. Sus gestos jamás se descomponen, de modo que su furia se refleja en la corrupción que alcanza cada objeto al que se acercan. Para aplastar, no precisan caer sobre sus presas. Para sacar ojos, tampoco recurren a sus pezuñas. Cuando quieren, todo lo hunden. Su veneno es mayor que el de las salamandras. Si atraviesan el fuego, no arden. Sus huesos no se queman. Son hidrófobos, como los seres a los que pican los basiliscos, y se alimentan de cadáveres, como las hienas. De los osos escuché leyendas horribles, más que las de los hipopótamos de Belir-

Hil-Ka, que mastican cualquier cosa que apresen los fangales en los que a veces se refugian.

Como iba desarmado, cuando vi a los osos, eché a correr.

Los habitantes de la parte sur de Daeyna no conocían a los osos ni a los otros animales extraños. Prolongaron su rutina hasta que sobrevino el desastre.

Yo, antes, encontré un túnel en el que esconderme. Me metí en él, cerré los ojos y me cubrí las orejas con las palmas de las manos. Luego conté. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, hasta cien. Y volví a contar.

Uno. Dos. Tres. Seis. Cincosieteocho.

Recité todos los números que pude antes de que el hedor pastoso y negruzco —lo oscurecido también puede olerse— que emanaba de los osos me obligara a destrabar mis manos de las orejas. Intenté acallar el furioso martilleo surgido quién sabía de dónde. Nunca encontré los mazos que golpeaban los parches del timbal, contruidos, siempre imaginé, con la piel de algunos abdómenes rotos, y templados sobre una violentada caja ósea en forma de media naranja.

El rítmico tamborileo que acompaña el festín de los osos.

Quién pudo regocijarse componiendo aquel demencial estribillo.

Los dos osos infundieron el miedo. Los inexistentes instrumentos de percusión aturdieron los sentidos de los habitantes de la parte baja de Daeyna.

Yo permanecía oculto dentro del túnel. Contaba con una butaca desde la que escuchar aquel concierto disonante. Cuando despegué los párpados, pude contemplar el fruto de tanta rabia.

A mi lado, en el suelo de aquel pasadizo de cemento, yacía la primera de las víctimas. Ella, como cualquier habitante de la parte sur de Daeyna, no había cerrado los ojos, que tenía enrojecidos, ni se había tapado las orejas, cuyos conductos externos destilaban un líquido seroso y hemático.

Sus piernas entrelazadas acogían una forma oscura de unos diez centímetros, una persona miniaturizada aún prendida al cordón umbilical. Calculé que habían transcurrido los primeros cuatro meses de embarazo.

Las primeras ratas olisquearon el cuerpecito sin vida y se acercaron a nosotros. Las aparté de una guantada.

Calmé a la mujer con un siseo invisible y luego le acaricié las mejillas con una mano, mientras con la otra la empujé hacia atrás, hasta tumbarla boca arriba. Le apreté el vientre por debajo del ombligo. Acerqué la otra mano hacia la falda levantada y palpé su interior. Tiré del cordón umbilical hasta retener la placenta con los dedos. La extraje. Por último, le quité el manchado jersey y envolví en él la placenta, el cordón umbilical y el aborto, los tres unidos en un mismo paquete.

Volví a susurrar. Luego le cerré los ojos. Ella emitió un hipido desconsolado y nada más. Entonces me puse en pie y busqué la salida de aquel improvisado refugio, con el jersey y su contenido debajo el brazo.

La voz del Segundo martilleaba dentro de mi cabeza:

¿Qué estás haciendo? ¿Se puede saber qué haces, qué clase de tontería estás haciendo? Hemos venido en busca de alimentos. Encuéntralos y márchate. No puedes ayudarla, ni a los demás tampoco.

Como si nadie me hablara, salí al exterior y contemplé el nuevo aspecto de la parte sur de Daeyna, violentada por los dos osos.

Aguardaba un cielo enfebrecido, intoxicado por el humo proveniente de hogueras dispersas. Observé las carreras de algunos, el inmóvil estupor de otros. Vehículos volcados, edificios abiertos, desagües a la vista y cascotes amontonados en las plantas inferiores de las casas. Lo que ya conocía. Lo que provocaban aquellos animales salvajes.

Deposité aquello que transportaba bajo el brazo en un lugar inaccesible a las ratas.

Lo más razonable, ahora que los osos habían aparecido en Daeyna y sembraban la desolación, era escapar, regresar a mi país. Debía buscar una de las aberturas.

Inspiré y espiré tres veces. Giré la cabeza y busqué a los osos, detrás de mí o a ambos lados. No los hallé, de modo que decidí moverme.

Un primer paso, luego otro. Pronto encontré el vaivén justo de ambas caderas, el acompasado movimiento que se ajustaba a mis latidos. Aceleré y corrí hacia la montaña —la parte norte de Daeyna—, sin dejar de volver la cabeza a izquierda y derecha, por si topaba con alguna de las dos fieras.

Las temo, sí.

Garras que seccionan carreteras como si fueran de papel. Saltos tan amplios que se diría que los osos vuelan. Son tan rápidos como las grullas negras cuando

despliegan sus alas de cuarenta metros. Incluso los grifos parecen aprendices de los osos. Despedazan barrios con una sacudida de su cuerpo y razas enteras con cuatro manotazos. No son metáforas.

En sus platos y dentro de sus bocas —primero desgarrados, después aplastados— y en el interior de sus vientres, los desgraciados que sucumben a ellos berrean sin pausa.

La voz del Segundo volvió a sonar dentro de mi cabeza:

Loco, solo a ti se te ocurre viajar desarmado. Ningún bestiario se expone de manera tan insensata a las fieras. Los osos saben que no llevas armas y deambulan por la ciudad a su antojo. Han comido. Son fuertes. ¿Qué puedes hacer ahora, aparte de huir? ¿Lo sabes? ¿Te lo digo yo? Nada.

Distinguí a uno de los dos osos antes de que él descubriera dónde me encontraba. Tropecé y me di de bruces contra el suelo. Al rodar, por fortuna, terminé parapetado detrás de un vehículo.

El oso se desperezó. Lo hizo encumbrado en lo alto de una montaña floja de cuerpos, arracimados como si él fuera la roñosa guinda de un pastel.

Desechos úricos que con urgencia comenzaban a descomponerse. Paladearlos en aquella yerma y descarnada quietud, como si fueran delicias turcas.

La bestia bufó. Sin dejar de masticar, escudriñó desde su cima los alrededores en busca de una presencia —ya sabes a quién huele, al bestiario sin armas, dijo el Segundo— que intuía, pero no lograba descubrir.

Cerré de nuevo los ojos.

Como ocurre con las catoblepas que asientan en el Nilo, si la mirada de un oso indignado te atrapa, el corazón deja de latir. Y la sangre espesa como un lodo endurecido. Por eso decidí esperar, inmóvil, a que el oso terminara de comer. Cuando se marchara, yo podría correr en dirección a la montaña. Allí se encontraba la abertura por la que yo había entrado en Daeyna.

Aún sobrevivían algunas personas. Se encontraban desperdigadas y confundidas. Se habían convertido en forraje a mano para aquellos dos animales feroces. Mientras los osos apuraban las migas de sus escudillas, doblé una calle y eché a correr todo lo rápido y silencioso que me permitían mis extremidades.

La voz temblorosa del Segundo acompañó la carrera con una retahíla de palabras que ya había escuchado antes:

¿Por qué te arriesgas más de lo necesario? Aún no eres un vigilante. En el próximo viaje, límitate a buscar un poco de comida, y cuando la encuentres, regresa a la abertura. Viniste como un turista en vacaciones. Paseaste

despreocupadamente por las calles. Te rozaste con el gentío de un barrio corriente. Te detuviste a comer sardinas asadas. ¿Te parece bien?

Y hasta bailé una insulsa canción de moda que ya había escuchado en una de mis anteriores excursiones, añadí.

Pero esta vez, aparecieron los osos.

Accedí a la parte norte de Daeyna a través de una espaciosa calzada que pronto se estrechó. El camino serpenteó con lentitud a lo largo de la montaña, rodeándola. De él nacían pequeños ramales que se apartaban de la única vía que conducía a las parcelas.

Afortunados que disfrutaban de piscinas, habitaciones espaciosas y patios, además de una vista panorámica de la apretada zona sur de Daeyna y de la desembocadura del Meireles.

Conforme ascendí por la montaña, pude comprobar que las vistas permanecían ocultas por una nube densa. La horrible y disonante marcha de los osos tampoco se escuchaba allí, como si el nublado tapiara cada espacio libre de aire por el que se pudiera filtrar el sonido. La zona devastada de Daeyna permanecía encerrada en una burbuja. La zona montañosa, de pequeñas y grandes mansiones, aún sonreía, ajena al espanto, separada por una trabada barrera de gas que a nadie inquietaba.

A esa hora de la mañana, el sol se reservaba para calentar las azoteas blancas y las verjas de hierro forjado. Prologaba senderos de piedra natural cortados en lajas individuales.

Los jardines de las residencias coincidían. Amparaban los mismos árboles. Plátanos de sombra y palmeras en conjunto, próximas a las piscinas, que también recibían los rayos de la estrella que se negaba a calentar la parte baja de la ciudad.

Oí el chapoteo de unos niños en el agua. Y sintonías amables de las emisoras de radio preferidas por aquella gente. Desconocían lo que iba a suceder. Los osos no se conformarían con engullir lo que encontraran en la costa. Subirían, como yo, por la carretera que llevaba hasta lo alto.

La voz del Segundo me pidió que me detuviera. Más atento que yo a los olores, me indicó que girase la cabeza hacia una de las casas señoriales, de la que emanaba olor a pan y a bizcocho recién horneado.

Ya que has cometido la imprudencia de alejarte de la abertura y nos has puesto en peligro, al menos que este viaje sirva para algo. Llevemos comida a casa, dijo.

Salté la verja y aterricé en el césped del jardín.

Un pastor alemán se acercó hasta donde me encontraba. Como suelen hacer los perros con los bestiaros, me olisqueó y me lamió, como si fuéramos viejos amigos. Le acaricié el lomo largo y recto.

El perro percibía la presencia de los osos. Me agaché, sujeté una de sus extendidas orejas y le susurré que, sucediese lo que sucediese, no ladrara al avistarlos, ya que eso los atraería. El pastor alemán entendió la advertencia. Movié la cabeza arriba y abajo en señal de asentimiento.

Bestiario: (Del latín *bestiarius*). 2. m. En la literatura medieval, colección de relatos, descripciones e imágenes de animales reales o fantásticos.

—¡Víctor!

El anciano que arreglaba las buganvillas del jardín esperó unos segundos antes de llamar de nuevo a su nieto de cuatro años. Como no obtuvo respuesta, volvió a gritar su nombre:

—¡Víctor! —A continuación añadió, como si fuera necesario aclararlo—: ¡Te estoy llamando!

Masculló algo entre dientes. Demonio de criatura.

Era la cuarta vez que lo llamaba. Pensó en Blanca, su hija, que amamantaba en una habitación del primer piso al segundo vástago, de siete meses de edad. Se suponía que él cuidaba al mayor de los dos niños, pero el chico se despistó o él se distrajo con los arbustos.

Demonio de niño. Y demonio de navegante que trajo desde Sudamérica la dichosa planta, pensó también.

Si volvía a gritar el nombre del primogénito, su hija separaría a Pablo del pezón y se asomaría al jardín desde una de las ventanas del primer piso para reprocharle su despiste. ¿Es que no puedes cuidar diez minutos de tu nieto sin que te distraigan las dichosas plantas? Es tu nieto, por si lo habías olvidado.

Las que reclamaban su atención no eran flores, sino brácteas que nacían de unos pedúnculos. A pesar de su color, diferían de las verdaderas hojas. También ellas exigían cuidados continuos.

Por cierto, el padre de las dos criaturas, ¿dónde se ha metido?

Una pregunta delicada. El anciano prefirió apartar esos pensamientos. En un par de días, ella y su marido resolverían sus diferencias, prometió Blanca. Al anciano no le importaba.

Se trata de mi hija y de mis nietos. Como si se quedan para siempre.

—¡Víctor! —llamó por quinta vez.

Luego se incorporó, soltó los pequeños utensilios de jardín y decidió levantarse para ir a buscarlo.

Estaba aquí hace un momento. No puede haberse alejado mucho.

Escuchó risas en la cocina. Víctor. Demonio de crío.

Arrastró su pierna derecha hacia las escaleras que llevaban al porche. Antes, miró en dirección a la verja para asegurarse de que la puerta estaba cerrada. Con un niño de cuatro años nunca se sabe.

Y Plutón, ¿dónde demonios está? Seguro que el perro está con Víctor.

Plutón se había armado a sí mismo caballero de una orden especial, la de los protectores de todos aquellos que aún no habían aprendido a sonarse los mocos.

Subió los cuatro peldaños, entró en la casa y se dirigió directamente a la cocina.

—Víctor —pronunció una última vez, aunque era innecesario.

El niño lo miró con un gesto de sorpresa que su abuelo ya conocía y que aparecía en la comisura de sus labios cuando había realizado alguna trastada. Plutón estaba con él.

—Este es mi amiguito —dijo el niño.

Me señaló a mí.

Miré fijamente al hombre que acababa de aparecer en la cocina. Él también me examinó, sin decir nada.

Al anciano se le aflojaron las piernas, aunque trató de disimular. No puedo contar con el perro, que parece encantado con el desconocido, pensó. Yo agarraba por el hombro al complacido preescolar.

El viejo desvió la mirada hacia mis dedos, que sujetaban a Víctor. Manos prensiles, enérgicas. ¿De verdad opinaba el anciano que su yerno parecía una mole de carne inútil? Cien kilos de lazo familiar que podría haber arrojado sobre mí si Blanca y él no hubieran discutido. Pero el anciano, débil, lento y cojo, solo podría distraerme, convencerme con el arte de las palabras. ¿Persuadirme de qué?

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el viejo.

Nada más pronunciar aquella frase, se arrepintió de haberla articulado, porque sonaba a rendición.

Haz de mí lo que quieras, pero suelta a mi nieto, parecía significar. Sí, por qué lo he dicho, pensó. Menudo negociador estás hecho, viejo. Aunque si mi rival

guarda todos los triunfos, lo único que puedo hacer es preguntarle si prefiere posponer la partida para siempre, y rezar para que diga que sí. A fin de cuentas, Víctor es para él una carta insignificante. Espero que esté de acuerdo. No, no lo estará. ¿Y si la situación empeora? Solo tiene que bajar Blanca con Pablo cosido al pecho.

—Llévese lo que quiera —dijo el viejo—, pero suelte al niño y deje que venga conmigo.

Mientras, Víctor se entretenía con el perro, ajeno a los temblores del anciano. El setentón dio un improvisado paso hacia delante. Encogí levemente el cuerpo, como un gladiador que se dispusiera a saltar sobre su oponente. El viejo se detuvo y levantó los brazos.

Conmigo no tendrías ni para empezar. Soy un viejo cojitranco. Y lo que tienes junto a ti es un niño pequeño que aún arrastra la erre cuando habla. Y un perro desleal que se encapricha de los desconocidos.

El viejo reconoció el objeto que yo escondía en la mano que me había llevado a la espalda. No se trataba de un puñal, ni de una pistola automática, sino de un bizcocho, la merienda para la tarde de aquel domingo, que Blanca había dejado en el poyo para que se enfriara.

Víctor, despreocupado, amenazaba con picotear de uno de los márgenes del dulce, antes del almuerzo.

—Lléveselo —dijo el anciano señalando el bizcocho.

¿Acaso necesitas su permiso?, dijo la voz del Segundo dentro de mi cabeza.

Me olvidé de las dos voces y dirigí la mirada hacia la verja. Los perros de las casas vecinas aullaban.

Con rapidez, me encaramé a la ventana y extendí el cuello. Luego di la vuelta, salté y me situé junto al anciano. Lo arrastré a la ventana y le susurré que mirase con atención. El viejo, sorprendido, primero trató de desasirse, pero luego concentró la mirada en la neblina que ascendía de la parte sur de Daeyna.

Una pantalla brumosa impedía que a aquel aire le hiriera el olor a carne muerta y a deposiciones. También imposibilitaba ver las llamas y las ascendentes columnas de humo y los barrios demolidos y los muertos. Frenaba el tamborileo, acompasado, angustioso, que anunciaba la llegada de los dos carniceros, entresacados de las páginas más temibles de algún bestiario.

—¿Pero qué...?

El anciano percibió entonces la llegada de los osos. Se separó de mí y vomitó.

Víctor le miró con asombro y preguntó:

—Abuelo, ¿estás malito?

—Ya se me ha pasado —contestó el viejo.

El niño cogió la mano del anciano, la acarició y recitó una lección aprendida:

—Curita sana, si no curas hoy, lo harás mañana.

El anciano forzó una sonrisa.

—Víctor, ponte los zapatos. Nos vamos de paseo en el coche.

El niño se separó de su abuelo y subió la escalera que conducía al piso superior. Llamó a su madre a voces.

Nos vamos de excursión a dar un paseíto en el coche del abuelo en el del abuelo sí bien claro eso está muy bien verdad que sí mamá porque yo tengo muchas ganas y el hermanito vendrá con nosotros verdad que sí.

—¿Quién es usted? —me preguntó de nuevo el viejo. Sus pupilas, fijadas en las mías, se dilataron. Entendió lo que decía la voz del Segundo y se asustó. Eso sucedía algunas veces y con algunas personas: oían a los Segundos e intuían que no éramos como ellos—. Usted es un bestiaro. Pero ¿qué es eso? ¿Por qué debo temerle? ¿Y esos animales salvajes?

Salí de la cocina sin responder. Los osos habían iniciado la ascensión a la montaña.

Debes marcharte ahora, de lo contrario ellos te cazarán a ti, en lugar de tú a ellos, dijo el Segundo. Y no olvides que hemos entrado en esta casa en busca de comida.

Metí el bizcocho junto a los comestibles que encontré en una bolsa grande. Luego me la eché al hombro. Mientras, el anciano sacaba su vehículo de la cochera. Gritó a su hija que se apresurara.

Blanca esperó a encontrarse con sus dos hijos dentro del vehículo para preguntar qué ocurría. Su padre no era de los que se alarmaba por cualquier nimiedad.

Se escucharon los primeros chillidos, procedentes de la parte baja de la montaña.

La niebla empezaba a disiparse, de modo que quedó a la vista parte de la devastación sufrida por la ciudad. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de la parte norte de Daeyna permaneció ajena a lo que se aproximaba, como si no les

incumbiera, no oyeran o no quisieran enterarse. Por alguna inexplicable razón, se sintieron a salvo.

Si al mar le diera por romper un tsunami en la costa, la marea nunca alcanzaría la parte alta de la ciudad. Leí este pensamiento común, grabado en sus circunvoluciones con algún estúpido y manso cincel.

Sentirían las sacudidas. Aunque demasiado tarde.

El vehículo que conducía el anciano se dirigió hacia la cumbre a toda velocidad. Yo ascendía con ellos por la única carretera, dispuesta en hélice, que algún confiado urbanista había diseñado sin tener en cuenta que cerca de aquellas residencias podría asentar algún día un espíritu que despreciara la vida serena de tantos jardines compuestos con rigidez cartesiana.

La mujer se desinteresó enseguida de explicaciones que tampoco su padre sabía dar. Y se olvidó de mí, como si yo no existiera, aunque iba sentado delante, en el asiento vecino al del conductor. Ella abrazó a sus dos hijos y se puso a rezar.

Diostesalvemariallengeresdegraciaelseñorescontigo...

Luego ella miró hacia atrás.

A nuestra espalda, se había formado un remolino de hollín negro que crecía con rapidez. La parte más alta del insólito tifón se perdía entre las nubes que oscurecieron un cielo antes despejado.

Las hemorragias que provocan los osos siguen una cadencia de tres notas. Si-fa-do. Un intervalo descendente, tres columnas, tres golpes de timbal. Estacazos que perforan los conductos auditivos. La oreja y la dentellada.

La muerte sube hacia el montículo. ¿La avistáis?

Di un volantazo que asustó al viejo e impulsó el coche hacia la cuneta. Giré el cuerpo y arrojé a los dos niños con mi pecho, los envolví con los brazos y, como pude, yo también me cubrí. Blanca, más sorprendida que aterrada por mi brusquedad, aguardó una respuesta acerca de qué proyectaba hacer con sus hijos.

Entonces susurré:

—Tapaos los oídos con las manos y cerrad fuerte los ojos. Ahora.

Me obedecieron.

Primera nota: Si. La catedral de Daeyna tiene labrados en la portada las figuras de una manada de leones andrógagos. En el relieve, las personas forman una hilera. Aguardan turno. Leones de pelambre furioso forman un círculo y los

devoran. Bajo aquellas fauces, las extremidades inferiores de los hombres se estremecen.

Segunda nota: Fa. Las crestas de la catedral. Extrañas aves bípedas, quizá alguna especie de dragón. Tienen la cabeza de un perro, las alas de un murciélago y la cola de una serpiente. Alguna de las bestias presenta una mutación: dos cuellos y dos bocas disímiles en dos cabezas. Las aves están a punto de alzar el vuelo. Sostienen en el aire las torres de la catedral. Los pináculos de piedra se derrumbarán cuando partan.

Tercera nota: Do. Un onagro. El guía de la manada. Le cortaron los testículos para que no procreara. Reбуzna y parte las piedras. Pisotea con sus cascos a los hombres que yacen en el suelo.

Una marea roja cubrió las piscinas de las residencias y sembró los jardines con nuevas flores.

Me separé de los dos niños y le indiqué al viejo que arrancara el coche.

Regresamos a la carretera.

Blanca arrojó los ojos de sus hijos. Algunas de las personas que aún se sostenían en pie invadieron la carretera. El anciano entendió, antes de que yo se lo advirtiese, que no debía parar. Los osos se hallaban cerca de donde nos hallábamos nosotros.

Cuando alcanzáramos el vértice de la montaña, la carretera se abriría en varios ramales. Cada desviación aumentaría la posibilidad de que aquellos que nos perseguían equivocaran la ruta. Yo me bajaría del coche pronto, ya que por allí se encontraba la abertura por la que llegué a la ciudad. Ellos seguirían hacia la cumbre.

Nos aguardaba una sorpresa. Nos bajamos del vehículo porque era imposible continuar. El camino estaba completamente bloqueado por un corrimiento de tierra, provocado por los osos.

Una pared de rocas amontonadas, de unos veinte metros de altura, dominaba la estrecha horquilla de la que la carretera constituía el pico en uve. Un obstáculo insalvable no solo para el coche, sino para quien pretendiera trepar por ella.

Además, casi no quedaba tiempo.

El viejo entendió el mensaje que repetía el Segundo dentro de mi cabeza.

—¿Se marcha? ¿Piensa abandonarnos? —me preguntó el anciano.

La voz del Segundo insistió:

Tienes una bolsa con comida y la abertura está cerca. ¿A qué estás esperando? ¿A que te alcancen? Su suerte no te incumbe.

—¿No le importa lo que nos ocurra? —preguntó el anciano con voz temblorosa.

La mujer nos miró a los dos. Ella no podía escuchar la voz del Segundo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su padre.

No podéis escapar.

El viejo le dijo a Blanca:

—No hay salida.

La mujer volvió la cabeza. A lo lejos distinguió un bulto de pelambre gris y una segunda mole detrás. Además de las bestias, vio algunos escombros amontonados en cerros.

Las ratas. La carroña.

Su suerte no te incumbe.

Me eché la bolsa al hombro y dirigí mis pasos hacia la arboleda. Allí, en algún punto imperceptible, se encontraba la abertura que me conduciría a mi país.

—¡Llévanos contigo! —gritó el anciano.

La mujer abrazó a sus hijos y rompió a llorar.

Yo me detuve y observé la estampa durante un segundo: una mujer que trataba de encerrar con sus brazos a dos pequeñas figuras que me miraban con ojos ingenuos y el anciano.

—¡Llévanos contigo! —repitió el hombre.

Es imposible. Lo sabes. No puedes llevar a nadie a nuestro país, dijo la voz del Segundo.

—No escuches lo que dice —dijo el anciano—. No molestaremos. No pretendemos haceros daño.

Es imposible.

Di la vuelta y encaminé mis pasos hacia la abertura, decidido a no volverme.

No lo hice. No me giré.

El anciano corrió detrás de mí, pero yo desaparecí. Como cualquier persona, el viejo era incapaz de localizar una abertura.

Antes de huir, oí cómo exclamó:

—¡Llévatelos a ellos! ¡Al menos a ellos!

El resoplido de los osos. Vendrán a por mí, me atraparán, me decapitarán y me devorarán, anunció un excéntrico llamado Timothy Treadwell que vivió entre osos varios años. Hasta que, en efecto, uno de los animales lo descabezó.

Osos de Afganistán en sellos. Los vi en una exposición.

¡Llévatelos!

La serie completa, en buen estado y sin señal de pegamento, salió a subasta. La adquirió una neoyorquina que coleccionaba estampas de animales salvajes.

¡Llévatelos, solo a ellos!

Alguien había diseñado un juego de ordenador en el que unos osos feroces eran los protagonistas. Unas fieras han ocupado tu casa. Encárgate de echarlas con una escopeta. El niño que jugara con los osos digitales, antes debía lanzarles piedras con un tirachinas.

¡Solo a ellos, por favor!

En el siguiente nivel, si el niño había estado certero, disponía de una escopeta en lugar de un tirachinas. Si acertaba a los osos, las bestias sonreían, guiñaban al joven cazador y se llevaban la mano al pecho, del que brotaba una manchita roja.

¡Solo a ellos!

Entonces aparecía una cantidad en medio de la pantalla, intermitente, brillante, de color amarillo —doscientos cincuenta—, que se sumaba a la puntuación obtenida hasta ese momento.

Bestiario: (Del latín bestiarius).

Armar el ~ en Daeyna.

1. fr. coloq. Matanza de personas, por lo general indefensas, producida por el ataque de bestias en una determinada época del año, generalmente antes de que las fieras hibernen.

Recorrí el laberinto de pasadizos que conducía a las diferentes aberturas. Los bestiarios éramos hormigas que se movían por un laberinto profundo, insectos que encontraban con los ojos vendados la salida que conducía a su país.

Al atravesar esa impalpable abertura, topé con la boca de un cañón de bronce, una primitiva pieza de artillería española procedente de la fábrica de Liernés. Yo mismo la había arrastrado hasta nuestras tierras con la ayuda de otros bestiarios durante una de mis expediciones. La pesada pieza de retrocarga que apuntaba a la abertura pertenecía en origen a la artillería de marina. Alcanzaba un largo de doscientos treinta y dos centímetros. Resultaba eficazísima contra todo tipo de bestias.

—Sabemos lo de los osos —aclaró Junme'G Mell, apostado en la culata del cañón.

Él prefería artillería más manejable para las entradas a nuestro país, como pedreros y falconetes, pero alguien había ordenado a los protectores que situaran un gran cañón a menos de un metro de la abertura.

—¿Vienes solo? —me preguntó.

Junme´G Mell no era el único bestiario que me esperaba emplazado en aquel punto. Me apuntaban cinco trabucos italianos del XVII y dos rifles Remington.

—Sí —respondí.

Los otros bajaron sus armas.

—Entonces es verdad —dijo Junme´G Mell al examinarme—. Fuiste a Daeyna desarmado.

¿Necesitaba preguntar cómo se había enterado de aquello? No. Sentí cómo mi Segundo trataba de escabullirse —sin resultado— en algún rincón de mis pensamientos.

No existían puertas cerradas tras las que pudiera resguardarse lo que los hombres llamaban el inconsciente. Ni tampoco secretos para los demás. Ni distancia, cuando un Segundo se esforzaba en contactar con otros Segundos.

—¿Qué más os ha contado? —pregunté.

—Que tal vez trajeras a algunas personas contigo.

—Nunca he venido con otra cosa que comida.

—Yo confío en ti —aclaró Junme´G Mell.

Salí del agujero en forma de trinchera y respiré el aire denso, ferruginoso y áspero de mi país.

El Segundo de Junme´G Mell aseguró que hubiera disparado contra cualquier cosa que hubiera traído conmigo. Lo expresó con una saña que imaginé producto del miedo.

—¿Cómo se te ocurrió...?

—Déjame —interrumpí a Junme´G Mell—. Ahora no me apetece hablar.

Junme´G Mell. Entonces destinado a la retaguardia. También daba clases. Y narraba leyendas a los niños. Ellos le escuchaban, pero yo había dejado de beberme sus historias.

Mi Segundo se enfrascó en una conversación de porteras con el Segundo de Junme´G Mell. Por qué me comportaba de aquel extraño modo que ninguno de los dos entendía, se preguntaron.

Mi Segundo refirió el episodio de la mujer encinta que abortó en el túnel, la huida desordenada, mi paseo sin rumbo por las calles mugrientas de la parte sur de la ciudad antes de que comenzara todo, el bizcocho recién horneado.

¿El bizcocho?

Los protectores que salvaguardaban la abertura —cuyos Segundos escuchaban la conversación sin intervenir— giraron al mismo tiempo la cabeza hacia la bolsa llena de comida.

Junme'G Mell impuso su rango. Evitó que los protectores soltaran sus armas y devorasen el bizcocho allí mismo. Poco después aparecieron dos recolectores, que trasladaron el contenido de la bolsa a una de las despensas.

Caminé por la planicie de Elsyum hasta alejarme de todos, donde no hubiera algún Segundo que escarbara dentro de mí. Me senté en medio de aquel extenso mar terroso.

Contemplé la ladera empinada de Flamen. Un extinguido volcán recortado en el horizonte, cuyo cono se perdía en lo alto, a más de cuarenta kilómetros de altura.

Unos años antes me había embarcado en una de esas aventuras que solo emprenden los espíritus jóvenes y escalé la montaña. Tardé casi dos meses en alcanzar la cima. Pude entonces ver el cráter. Medía casi sesenta kilómetros de borde a borde.

Dormí cerca de las estrellas. Pero poco después, tuve que abandonar esas expediciones y llevar a cabo otras.

El viento empezó a castigar la llanura en la que yo descansaba. Me levanté y caminé despacio hacia uno de los refugios. La superficie estéril, tachonada de piedras, trataba de amarrarse a las suelas de mis botas. Una explanada infértil y sedienta a la que habían aislado en una burbuja de cristal.

En la tierra de mi país no crece la hierba.

En la tierra de mi país los animales no dejan marcas de sus pezuñas.

En la tierra de mi país las hormigas no forman hileras ni túneles subterráneos, porque no hay hormigas.

Mi país se parece al volcán muerto al que ascendí hace años, una mole hirviente que degeneró en un manso y reseco objeto de adorno, como si un taxidermista hubiera vaciado sus jugos y fijado en sus cuencas la mirada vidriosa de dos ojos de cristal.

Mi país es un lugar seguro que no pisan las fieras. El aire de mi país desconoce el hedor de otras fibras que las nuestras y las de la carne muerta que escondemos en nuestros aparadores.

En mi país cuidamos el aire cálido. Nos hemos acostumbrado a su pestilencia ferruginosa, que ya casi no olemos. La defendemos de cualquier especie viva.

Mi país ignora cómo es el temblor de alas de una polilla.

En la tierra de mi país no echan raíces árboles de ninguna clase.

La santísima trinidad de mi país se llama nosotros, las rocas y el agua, aunque el orden es el inverso: primero, el agua de los mares extintos, un líquido puro que los habitantes de Daeyna nunca conocieron, solo soñaron, agua realmente incolora e insípida, hache dos o, partículas de tres moléculas arracimadas en acordes perfectos; luego, las rocas, las de los caminos, las de las fortificaciones, y en ellas, las de las almenas, los puentes, las mesas y las duras sillas; y al final de esa corta pirámide estamos nosotros, escindidos en dos mitades, cada una, las más de las veces, opuesta a la otra, en permanente lucha, violados por la curiosidad de los demás, que entran y salen a capricho de cada pensamiento, una fiscalización que nos habrá conducido a algún nuevo tipo de esquizofrenia que somos incapaces de diagnosticar por la sencilla razón de que todos estamos enfermos.

La voz del Segundo protestó:

Deberías dar las gracias. Habitas un país seguro. Las bestias nos temen. Deben encontrarse muy desesperadas para franquear la abertura que les lleve hasta nosotros. Eso equivale a entrar en un matadero. Formamos una colonia eficaz, como abejas entrenadas.

Nuestro país está muerto.

Nosotros...

Nosotros. Los ángeles perdidos. Los que acampan en tabla rasa. Los que derraman semillas secas desde los puentes.

Junme'G Mell se acercó a mi barracón de piedra. Sostenía un trabuco español, de los últimos que estuvieron de moda en el siglo XVIII, con llave de miguelete y boca acampanada. Un arma poco precisa, pero muy eficiente a corta distancia. Sobre todo cuando se disparaba contra un oso. La dispersión de los proyectiles destrozaría la carne de cualquier bestia que estuviera cerca del arma.

—He decidido darte una oportunidad. Regresarás para cazarlos —dijo.

El Segundo de Junme'G Mell aclaró:

Daeyna arde por tu culpa. Las casas están demolidas y su población, diezmada. No quedan alimentos. La ciudad tardará en regenerarse. Hasta que vuelva, para nosotros será una despensa vacía.

No repliqué.

—Ya no me escuchas —añadió Junme´G Mell.

—Es cierto.

Él miró hacia la montaña.

—¿Sabes? Yo antes era como tú —dijo. Junme´G Mell. Como yo. Antes—. La primera vez fue en una ciudad llena de ratas —me contó.

Era lo que más recordaba de aquel día. Las ratas.

Una historia yo ya había oído y leído. Lo del sabor de las ratas en la boca, como si las estuviera masticando.

—Masticar ratas —repetí como un eco de mis pensamientos.

—¿Has mordido alguna vez una viva?

—No.

Rió con brutalidad.

El tiempo pasaba deprisa. Yo debía adquirir los hábitos de caza. Tardaba en hacerlo. Me resistía a aprender.

Nadie me había culpado de la destrucción de Daeyna aún, pero yo sabía que lo harían. Un bestiario desarmado. Alguien como un cirujano al que atemorizara la sangre. Junme´G Mell, más que nadie, podía echarme en cara lo que había ocurrido en Daeyna.

—Las ratas te llenan la boca. Hacen que se te partan los dientes.

Alguien tenía que hacer ciertas cosas, aunque nadie deseaba saber que las estábamos llevando a cabo. Si se enteraban, se llevaban las manos a la cabeza y ponían cara de estreñidos.

—Olvídate de ellos. Piensa solo en ti —dijo Junme´G Mell—. Al masticarlas, consigues olvidar todo lo que no sea su sabor.

—No voy a hacer eso.

—Con el tiempo, ni siquiera tienes que morderlas. Todo se parece entonces a quitar un lunar que afea el rostro.

—Para ti, ellos son un lunar.

—Un lunar. Solo eso.

Manchitas en la piel. Morir por culpa de un borroncito que no se quiso extirpar. Era otra de sus viejas y gastadas metáforas.

Lo ordenaban nuestros protocolos. Eliminar a las bestias y deshacerse de los que se acercaron a ellas.

—Aquellas muertes resultaron inútiles —dije.

—¿Cuáles?

—Tamas y su hija. La profesora. Aquellos niños y sus madres. De nada sirvió. Y la manera de hacerlo...

Meneó la cabeza. Se rió otra vez y añadió:

—Llegará a gustarte su sabor.

Extirpar la lesión y los bordes de la misma.

Intentaba meterme en cintura. Ejemplos que yo ya había escuchado demasiadas veces. Terminó con una clase de geometría:

—Tienes que cerrar el círculo.

Mi maestro, Junme'G Mell. Yo debía recoger su relevo manchado de piel y carne de rata.

—No seré como tú.

—Cuando hablo de las chicharras, nadie entiende a qué me refiero — continuó diciendo, como si le dieran lo mismo mis objeciones.

Los exoesqueletos de los recién nacidos. Ninfas que echaron a volar después de extender sus alas. Su pico largo, listo para beber el jugo de las plantas.

—Esta es una clase especial. Algo que me vas a enseñar solo a mí —ironicé.

Él siguió hablando como si yo no le hubiera interrumpido.

—Crean que me refiero a los osos, pero no es eso. Ahora ya lo sabes. Hay algo que quema.

Todo ardía dentro de mí, desde la boca del estómago hasta las pestañas.

Me entregó el tabuco.

—Crean que chocheo y digo estupideces.

Terminar de dibujar la circunferencia.

Beber el exquisito néctar de las plantas.

Saciar la sed a gritos.

—Vienes de allí. Los dejaste allí. Tu cara lo dice todo.

—No podía hacer otra cosa —me excusé.

—Claro. Por eso eres diferente. Eres mejor que yo, mucho mejor —se burló.

—No soy como tú.

Me defendía con voz temblorosa. Casi parecía una súplica.

—Antes de hoy, no habías visto nada. Ahora ya lo sabes. Hay algo que te quema más que lo que haces.

Lo dijo. Aunque yo ya sabía lo que iba a anunciar como máxima. De todas formas, pregunté.

—¿El qué?

—Lo que dejas de hacer.

Los ojos de un bestiario viejo. Nunca quise fijarme en lo quietos que están.

Me pregunté si Junme'G Mell tenía razón. Si llevarlo a cabo de una manera u otra, no importaba tanto. Si él y yo éramos iguales.

—Tendrás que disparar a menos de tres metros —dijo para terminar aquella extraña conversación.

La voz de mi Segundo protestó:

Es una locura. Los osos ahora son fuertes. No permitirán que te acerques tanto. Espera a que estén a punto de hibernar. Entonces estarán más débiles.

—Será mejor que vayas ahora. De ese modo, el daño que ocasionen será menor —sentenció.

Nuestros Segundos se enzarzaron en una absurda disputa.

Pero ¿qué daño menor?

Es lo justo, lo que mereces.

Daeyna ya está arrasada.

¿En qué estabas pensando cuando fuiste desarmado?

¡No vayas!

¿Cómo se te ocurrió portarte de un modo tan irresponsable?

Espera al menos otro día.

Junme'G Mell me acompañó a la salida. Los protectores apartaron la larga boca del cañón de la abertura y entré en los túneles.

Atravesé el laberinto de canales y me detuve frente a la puerta invisible de la que procedía el cadencioso percutir de un timbal.

Bestiario: (Del latín bestiarius).

~ armado.

1. m. Hombre dispuesto a enfrentarse a un animal feroz provisto de un arma.

Al atravesar la abertura, me saludó el olor de la tierra quemada. El viento erosionaba un suelo desnudo. Sus raíces encogidas esperarían al menos tres años para brotar de nuevo.

La masa incandescente, ahora adormecida, había calentado el aire y generado pequeños tornados que propagaban las llamas en algunos puntos. Los límites de la extendida aridez se situaban más allá de lo que la vista podía abarcar desde la cumbre.

Sentí un fuerte golpe en la nuca y caí a suelo. Mareado, traté de incorporarme, pero recibí otro garrotazo en el mismo lugar.

Entreabrí los ojos y reconocí el rostro de un hombre de unos cincuenta años, que me mostró la contera metálica de un bastón. El puño que ostentaba como un signo de mando osciló delante de mis ojos.

—Quietecito —dijo el cincuentón.

Un segundo hombre, flaco y joven, tan desgarbado y sucio como el otro, registró los bolsillos de mis pantalones.

—Nada —dijo. A continuación, cogió el trabuco que me había entregado Junme'G Mell—. ¿Cuánto nos darán por esto?

El hombre del bastón meneó la cabeza. Miró fijamente al joven y replicó:

—¿Qué vas a hacer con eso? ¿Vendérselo a un coleccionista?

—Yo pensé...

—Tú pensaste, tú pensaste.

El hombre del bastón se incorporó.

La cabeza me retumbaba. La oreja que tenía pegada al suelo vibraba al son de aquella ancestral música de los osos, en la que la percusión imponía sus leyes por encima de cualquier atisbo de melodía.

—Míralo. Pero fijate bien. Y luego dime qué nos interesa de él —dijo el hombre de mayor edad.

Intenté incorporarme, pero no pude.

—No lleva nada de valor, salvo el cachivache que le he quitado.

—Imbécil.

Sentí unas manos aferradas a mis pies. Luego escuché la voz del hombre del bastón:

—Las botas.

—¿Las botas?

—Son buenas. Las mías están para tirarlas. Y calza mi número. Deja de una vez esa antigualla en el suelo —Flexioné una rodilla y sentí a continuación una mano que volvió a extenderla. Después, el más joven dijo—: ¡Estate quieto!

Un tercer golpe en la cabeza me dejó inconsciente.

Cuando desperté, estaba solo, tumbado en una tierra recalentada, a pocos metros de la abertura. Me habían descalzado.

El trabuco español apuntaba su boca en dirección a mí, a pocos metros de donde me encontraba. Me levanté, recogí el arma y empecé a caminar en dirección a Daeyna.

Mi Segundo pareció animarse:

Un bestiario cazado por dos carroñeros. ¿Cómo has dejado que te sorprendan? ¿En qué estabas pensando? Busca unos zapatos que ponerte o acabarás por clavarte algún cristal y te quemarás las plantas de los pies.

Reconocí el amasijo de metal que antes era el coche del anciano al que abandoné junto a la abertura. No había rastro de él, ni de los tres familiares que nos acompañaron.

Cuando llevaba recorrido un kilómetro, los pies empezaron a dolerme. Sentía punzadas ardientes. Dejaba huellas rojas detrás de mí, pero seguí caminando.

Nadie más salió a mi encuentro.

Llegué a la puerta de una de las mansiones y me detuve porque percibí algo. Una pompa de jabón crecía. Alcanzó una redondez insostenible y estalló de manera silenciosa. Luego pareció que el aire de aquella burbuja pudiera germinar por sí solo.

El viento arrastró hacia donde yo me encontraba millones de granos blancos. Algunos prendieron en mis ropas. Conocía el fenómeno. Uno de los osos había comenzado su hibernación. Su cuerpo, hinchado como el de un globo, había desaparecido al explosionar. Una discreción que contrastaba con el tumulto que el animal había provocado.

Pero aún quedaba un segundo oso. El que me importaba.

Lo avisté en el jardín de la residencia. Su figura agigantada —casi había doblado el tamaño, de modo que del hocico a la cola mediría unos ocho o nueve metros— descansaba boca abajo, con las extremidades extendidas y el morro apoyado en el jardín.

Me fijé en la hierba recién cortada.

Caminé hacia el lugar en el que yacía la bestia.

El sabor de las ratas. Las que te comes y las que dejas de masticar. Junme´G Mell y su lección de geometría.

Alrededor del oso, distinguí unos zapatos que no podría ponerme, y no porque los zapatos estuvieran destrozados, que lo estaban, sino porque eran demasiado pequeños para mí, dos pares, un par más pequeño que el otro, es decir, uno pequeñín y el otro simplemente pequeño, chiquititos ambos, buenos zapatos para niños, pequeños y destrozados, ambos, los dos pares, los dos, y no eran muy altos, en absoluto, de manera que la articulación de la tibia y del peroné con el astrágalo estaba libre, así el niño que se los calzara podía gatear, caminar y ponerse de pie sin excesivas dificultades, aunque, me pregunté, ¿merece la pena

sacrificar la movilidad del tobillo por una sujeción más segura que limite los desplazamientos?, y lo mismo podía predicarse de la suela: una demasiado rígida impediría la adecuada flexión de las articulaciones metatarsófalángicas e interfalángicas, provocaría que el niño que se los pusiese se moviera como un androide, como un muñeco pequeñín cuyos zapatos tampoco llevaban tacón, y eran lo suficientemente anchos como para que los dedos pudieran abrirse, en lugar de amontonarse o apretarse, eran lo bastante cómodos, casi perfectos, buenos zapatos, buenos pequeños zapatos, dos pares, destrozados, eso sí, lo que suponía un verdadero inconveniente, pues ¿qué vendedor aceptaría descambiarlos?

Ninguno.

Contemplé los minúsculos y manchados calcetines. En el suelo, al lado del oso, parecían de juguete, apropiados para vestir la reproducción de alguna muñeca Jumeau de porcelana.

Una camiseta desgarrada reveló el cuidado que había tenido la bestia al extraer su golosina del envoltorio.

Los pies de Blanca —solo distinguí sus pies— calzaban un zapato deportivo de tacón bajo, casi nuevo. Muy adecuado para soportar el trajín habitual de los niños y el peso de un lactante. Buenos zapatos también.

Sentí una ligera contracción en la mandíbula, de modo que aparté la vista de aquellas prendas de vestir y del calzado que olían a mí, a bestiarío. El olor habría provocado que los osos se fijaran en ellos y le dedicaran una mayor atención.

Dos raíles rojos morían junto a los pies de Blanca. Atravesaban el suelo del jardín en dirección a la vivienda.

Rodeé la casa y entré por la puerta principal. Quise inspeccionar las habitaciones antes de amartillar el trabuco.

Cuando empujé la puerta abierta, el silencio me impresionó de tal modo que creí advertir la presencia de figuras negras que cruzaban velozmente el pasillo principal y se escondían en alguno de los dormitorios. Pero solo eran imaginaciones mías.

Un redoble de tambor —lejano, muy apagado, casi imperceptible— acompañó mis primeros pasos.

Examiné la planta baja, a excepción del saloncito que daba al jardín, donde se perdía el reguero de sangre, sin encontrar nada que llamara mi atención, salvo cierto esperado desorden.

Al acercarme a la habitación que aún no había explorado, sentí que el eco del tambor redoblabla su aliento. Incluso entonces, los sonidos pertenecían al umbral de lo casi inaudible.

Localicé el camino señalado por la doble marca roja y lo seguí con la mirada. Tuve que avanzar hasta la misma puerta de la habitación para topar con aquello que el estampado del suelo anunciaba.

El anciano, con los dos miembros inferiores seccionados por encima de la rodilla, yacía recostado sobre unos cojines, apoyado en la pared, con la cabeza vuelta de medio lado, como si durmiera.

Al distinguir mi sombra alargada, que cruzaba la estancia desde la puerta interior hasta el jardín, el viejo giró la cabeza. Movié los dedos de una mano, un pausado gesto que interpreté como una llamada. Me aproximé a él. Quiso murmurar algo, pero el aire que se escapaba de sus pulmones como un hilo le impedía pronunciar palabra alguna. Acerqué mi oído a su boca para facilitarle el esfuerzo. Entonces, al mismo tiempo que el sonido del tambor se esclarecía dentro de mi cabeza, de su boca escaparon los primeros sonidos audibles, que formaron una larga procesión de sílabas entrecortadas:

Llé- ve - se - los - a - e - llos - llé - ve - se - los - a - Pa - blo - y - a - Víc - tor - por - fa - vor - llé - ve - se - los - llé - ve - se - los.

Me incorporé, sobresaltado.

El toque del tambor dobló su intensidad. El sonido de la guerra. La llamada de la muerte.

El anciano levantó una mano del suelo apenas unos centímetros y señaló en dirección al jardín. Luego repitió la oración discontinua, tan envarada como el miembro cuyo dedo índice apuntaba hacia los zapatos desparramados en la hierba.

Me acerqué de nuevo al viejo y le susurré algunas palabras. Creo que entonces se durmió. Me incorporé y, sin hacer ruido, salí al jardín.

La mirada del oso flotaba en algún punto del vacío. Había perdido su intimidación. Aquellos ojos ya no parecían capaces de espesar la sangre de quien se atreviera a mantener la mirada fija en ellos. Sin embargo, a pesar de su cabeza rechoncha, de sus orejas adormiladas, la figura del oso aún intimidaba.

La voz del Segundo me previno:

Muchos se acercaron demasiado y murieron a manos de un animal que les pareció inofensivo. La lista de bestiarios que confiaron en su destreza es muy larga. Hay quienes afirman que los osos que están a punto de hibernar son más peligrosos que los que gruñen. A un oso le basta un parpadeo o un leve alzamiento de alguna de sus pezuñas para que tu cuerpo se parta en dos.

Avancé unos pasos. Me situé a un metro y medio del hocico de la bestia.

Nosotros convivimos en paz con Daeyna. La relación que mantenemos con ellos se llama simbiosis. Los hombres toman de nosotros y nosotros de ellos.

—Los pelamos, los ordeñamos y los protegemos de los lobos.

Así es. Somos diferentes de las bestias. Ellas lo toman todo de una vez. No sangran a sus reses, las devoran.

—Ya está bien de sermones —dije al Segundo.

Observé el reflejo de mi sombra. Me pregunté si una vez que disparara, yo también proyectaría, como el animal, el perfil de un oso en el jardín.

El ruido del tambor creció de nuevo dentro de mi cabeza.

¿Dónde estaba aquel rumor distante, aquella sacudida descubierta por las plantas de mis pies? La había sustituido un rugido estridente que me embrutecía. Una orquesta formada por timbales, bombos y tambores marcaba los golpes de mi corazón sobre la caja torácica y levantaba la tierra, la elevaba del mismo suelo del que la había arrancado y a continuación la dejaba caer, con furia, al ritmo de las sacudidas. A cada redoble, entendí una palabra. Bizcocho. Zapato. Coche. Trabuco. Tímpano.

La voz del Segundo cambió de táctica. Se unió a aquel contrapunto de timbres para formular su propia cacofonía:

Aléjate del oso. No dispaes. El animal estallará y te salpicará. La sangre de las bestias corroe incluso vigas de hierro. Sus pelos cortan como lancetas y, al reventar el oso, se disparan como proyectiles.

—He escuchado que algunos han sobrevivido a un disparo a bocajarro —expliqué.

Mentiras. Cuentos para que los bestiarios apartéis el miedo.

Cerré los ojos. El rugido de los tambores se volvió insoportable. De algún modo, debía detenerlo.

Sentí que el oso también hablaba dentro de mi cabeza.

Hazlo. Hazlo ya.

Hacía calor. Daeyna apenas se diferenciaba de cualquier otra ciudad. Ruido de motores y bocinas. La algazara de los viandantes, a los que les complacía hacer sus compras en la zona céntrica, llena de comercios. Calles atropelladas, encerradas en la trampa de su propio trazado. Daeyna, rancia y húmeda cuando el calor apretaba. Como hoy, pensé. Yo mismo me corregí. Como hoy, no; hoy el calor es distinto.

Daeyna, algunos días cubierta por nimbos grisáceos, intrusos de agua condensada en una atmósfera que resultaba transparente la mayor parte del tiempo. Una feria de luces nocturnas que estorbaba la visión de las estrellas, las cuales, en cambio, resaltaban en las zonas despobladas y en lo más alto de la montaña. Allí, cerca de la abertura, en la cumbre, a pesar de la veladura impuesta por el destello artificial de las lámparas y de las farolas, los cuerpos celestes — asombrosamente visibles— emergían como flotadores luminosos en una charca oscurecida. ¿Volvería a ver algo así?

Levanté el trabuco. Empezó a circular aire entre la boca del cañón y la chimenea. Vertí entonces el contenido de la carga por la boca del cañón y coloqué luego el pistón en su sitio. El arma estaba lista para ser disparada. Inspiré profundamente. Miré al oso. Luego, levanté de nuevo el arma y apunté entre sus dos apagadas córneas.